

EL SENDERO

Precio: UNA Peseta



# El Sendero

J. Krishnamurti

Efectuado el depósito según la  
Ley por «The Star Publishing  
Trust» de Holanda.

# EL SENDERO

POR

JEDDU KRISHNAMURTI

JEFE DE LA ORDEN DE LA ESTRELLA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

M. S. T.

EDITORIAL DE R. MAYNADÉ

APARTADO 787 - BARCELONA

1928



I

Ni una nube en el cielo; ni un hálito de aire; el sol despide cruel e implacablemente sus ardorosos rayos; el calor ha producido una neblina y yo estoy solo en el camino. A uno y otro lado de mí se desvanecen los campos en la lejanía del horizonte; no hay ni una brizna de verde hierba ni se ve alentar una flor en este desolado país; todo está marchito y agostado, todo clama con la angustia del indecible e inexpressable dolor de los siglos. No hay en la dilatada campiña ni un árbol a cuya sombra pudiera medrar algo tierno y sonriente, descuidado de la crueldad del sol, que sin piedad ha cubierto el suelo de irremediables grietas y boquetes semejantes a descarna-



dos ojos. El cielo ha perdido su delicado azul y es gris con el calor de tantos siglos. Aquellos cielos deben de haber derramado benéfica lluvia y recibídola esta misma tierra; y aquellas plantas muertas, aquellos enmarañados matorrales, aquellas hierbas marchitas debieron un tiempo apagar su sed. Todo está muerto, y muerto más allá de toda idea de vida. No puedo decir cuántos siglos hace que descargaron las gotas de lluvia ni pueden aquellas cálidas piedras recordar cuándo fueron dichosas con la lluvia ni aquellas muertas briznas de hierba cuándo estuvieron humedecidas. Todo está muerto, y muerto sin esperanza. No se oye el más leve son; reina pavoroso y temible silencio. De cuando en cuando resuena un lamento de inmenso dolor al resquebrajarse el suelo, y sube y baja el inerte polvo. Ni un ser vivo respira este envarado aire; todas las cosas, un tiempo vivas, están

ahora muertas. El anchuroso arroyo junto al camino, que en otras épocas burbujaba alegre y risueño, satisfaciendo a muchos seres vivientes con la deliciosa frescura de sus aguas, está ahora muerto. El cauce del arroyo se olvidó de cuándo por él fluían las aguas, ni pueden aquellos peces muertos cuyos emblanquecidos y delicados esqueletos yacen expuestos a la ofuscante luz, recordar cuándo nadaban por parejas, ofreciendo sus exquisitos y brillantes colores al tibio y vivificante sol. Cubiertos están los campos con los muertos de muchos siglos pasados, y nunca pueden los muertos volver a vibrar con el dichoso pulso de la vida. Todo pereció, todo se consumió; la muerte prendió en su cruel abrazo a todos los seres vivientes, a todos menos a mí.

Estoy solo en el camino, sin una alma frente a mí. Podrá haber muchas detrás, pero por horror a los pa-



sados sufrimientos no deseo mirar atrás.

A uno y otro lado de este largo y al parecer interminable camino de mi vida se dilata un desolado erial que sin cesar me incita a unirme con su miserable quietud, con la muerte. Frente a mí el sendero se extiende milla tras milla, año tras año, siglo tras siglo, blanqueado por el refulgente e implacable sol. De continuo se va empinando el camino con imperceptible inclinación. Casi me ciega la blancura que el coruscante sol da a este fatigoso sendero. Doquiera buscan mis cansados ojos un punto de descanso, encuentran el inmenso océano de intensa luz deslumbradora. Nunca descansa el sol, sino que implacable derrama su incómodo y terrible calor.

El sendero no es todo llano, aunque aquí y allá hay trechos tan lisos como un lago en tranquilo y apacible día.

Todavía se ha de hollar este árido sendero; mas inesperadamente, como una mal reprimida tormenta que de pronto estalla para triunfar en su goce destructor, se quiebra el sendero de modo que no tiene compasión de los ya ensangrentados pies. No puedo decir cuándo volverá a ser llano y alentador; puede serlo al dar paso siguiente o después de muchos años de pena y sufrimiento. Este áspero sendero no se preocupa de si ocasiona placer o dolor. Allí está para que yo lo huelle de grado o por fuerza.

No sé quién trazó este calamitoso sendero. Ha existido durante muchos siglos, más aún, durante muchos milenios.

Nadie sino yo lo ha hollado. Lo trazaron para que anduviera por él yo solo. Tuve compañeros, amigos, hermanos, hermanas, padres y madres, pero no pueden existir en este tenebroso sendero, que se parece al celoso



y exigente amador cuyo amor abomina de otros amigos y otros amadores. El sendero es mi inexorable amor, que guarda celosamente mi amor y destruye a cuantos quisieran acompañarme o ayudarme.

Es exigente en todas las cosas, tanto magnas como mínimas, y jamás aparta de mí su cruel pero benévola mirada. Tan estrechamente me abraza que casi me sofoca, y ríe con inteligente benevolencia cuando mis pies sangran. No puedo separarme de él. Es mi constante y único amor. No puedo mirar a otra parte sino únicamente al largo e interminable sendero.

A veces no es ni benévolo ni adusto. Se muestra indiferente a si soy dichoso o desdichado, si estoy dolorido o extasiado, en profunda tristeza o en intensa adoración; indiferente a todo. Bien sabe este imperioso sendero que yo no puedo dejarlo ni puede él apartarse de mi entristecido ser. Somos in-

separables. El no puede existir sin mí ni yo sin él. Ambos somos uno y sin embargo yo soy diferente. Como la sonrisa de una hermosa mañana de primavera, el sendero me invita a recorrerlo, y como el colérico y traicionero océano me defrauda de mi momentánea felicidad. Con dichoso abrazo me sostiene cuando caigo, haciéndome olvidar las pasadas tristezas y sufrimientos y me besa con el beso de una tierna y amorosa madre que sólo piensa en proteger; y cuando extático lo he olvidado todo como quien ha bebido hondamente en el manantial de la suprema felicidad, me despierta con un rudo choque de mi dichoso y efímero sueño y empuja bruscamente mis doloridos pies.

Cruel y benévolo es mi solitario amigo y amador, tan repentino en su dura tiranía como en su deleitoso amor. No me importa si le gusto o le disgusto; pero es mi único compañero



con viento
 y no deseo otro. El sol me abrasa y el sendero me ensangrienta. No dejo huellas en este áspero camino ni veo las de ningún ser humano. Así soy el único amador que ha tenido mi sendero y me glorío en mi exclusividad y aislamiento. Sufro distintamente de los demás, soy feliz de diverso modo, y mi obstinación en amar al sendero es diferente de cuantos amores vió el mundo. Sin respiro lo adoro, y ningún otro adorante podrá jamás ofrecer con mayor voluntad y entusiasmo que yo su sacrificio a sus pies. No hay secuaz más fanático ni puede haber devoto mayor. Su crueldad me mueve a amarlo todavía más y su bondad me ata más estrecha y perdurablemente a él. Vivimos uno para el otro, y sólo puedo ver su amado rostro, sólo puedo besar su mano. A nadie ama más que a mí ni tiene otro amigo.

Como el plumón que salta del res-

tricto nido con inejercitadas alas para gozar de la libertad y belleza del ancho mundo, así yo me he precipitado en este sendero para gozar de la delectación de amarlo solitariamente lejos de otros que pudieran atreverse a mirar su hermosa faz.

Muchos vientos de muchas estaciones me han azotado como hoja seca que de aquí allá arrastran los vientos otoñales, pero siempre volví a este seductor sendero. Como ola centelleante al continuo y ardoroso fulgor del sol, me ha empujado la violencia de los vientos; como desierto que no limitan montañas, estuve expuesto al sol; como las arenas del mar han sido mis vidas. Nunca un pacífico descanso; nunca el contento llenó mi alma; nunca el gozo penetró en mi verdadero ser y nunca tuve consuelo. Sonrisa alguna compensó mi anhelo; rostro alguno dulce y gentil, vertió bálsamo en mi dolorido corazón; ni amables pa-



labras aliviaron mi infinito sufrimiento. Ni el amor de madre ni el de esposa ni el de hijo calmaron mi ardoroso amor, sino que todos me desampararon y yo a todos los abandoné. Como leproso fui errante solo y sin que nadie me llorara. El dolor y la tristeza han sido mis eternos e inseparables compañeros. Como una sombra se me adhirió la aflicción; como quien sufre perpetuo dolor derramé amargas lágrimas. Muchas veces ansié la muerte y el completo olvido y ni una ni otra se me concedieron. Muchas veces miré la horrible faz de la muerte, desgarrando mi corazón y acogiendo gozosamente lo que a tantos aterroriza; pero ella sonrió y me bendijo. Muchas veces, cansado de galantear a la muerte, volví mi rostro y mis pasos hacia el altar de amor y adoración, sin hallar apenas consuelo. Varios sacrificios, por mí y por otros hice con la esperanza de alcanzar el altar del con-

tento, pero en vano. Muchas veces permanecí absorto en adoración; pero así como la esencia de una flor delicadamente perfumada se pierde en el aire, así se perdió mi adoración en los siglos, dejándome indiferente y sobre mis doloridas rodillas. Muchas veces deposité fragantes flores ante los sagrados pies sin recibir bendición alguna. Muchas veces hice ofrenda a los numerosos dioses de muchos países y razas, y los dioses permanecieron siempre silenciosos y desviaron sus miradas. Muchas veces fui yo su sacerdote en sus sagrados templos, pero se me cayeron las blancas vestiduras dejándome desnudo frente al sol. Muchos sagrados lotos del templo besé en adoración de los dioses, pero el loto se marchitó en mi mano. Muchas veces adoré ante los altares erigidos por el mundo, pero me volví cabizbajo y silencioso. Muchas ceremonias practiqué, pero nun-



ca satisficieron mi anhelo. En muchos ritos me complací, pero no hubo en ellos gozo ni esperanza. En muchos templos fuí consagrado, pero sin recibir consuelo. Muchos libros sagrados leí, pero me fué negado el conocimiento. Muchas vidas pasé en santidad, pero fué tenebrosa mi vida. Muchas ventanas abrí para contemplar las estrellas, pero no me comunicaron su profunda sabiduría. A veces permanecía despierto meditando en la nada en espera de luz, pero siempre reinaban intensas tinieblas.

A menudo, en varias vidas, seguí deliberadamente, a veces a ciegas y a veces con ojos abiertos, a los humildes instructores de apartada aldea, pero sus enseñanzas me dejaron al pie de la solitaria colina. Viví con nobleza y trabajé laboriosamente. Me he sojuzgado y también estuve sin frenos. A menudo lloré con dolorido corazón y amargas lágrimas en súplica

de que me condujera la Divina Mano, pero mano alguna me ayudó. Luché vehementemente con la humanidad para adquirir la luz, y perdí la luz y la humanidad. Medité profundamente con los ojos fijos en el ideal, dominando todas mis emociones, en busca de la verdad, pero nada se me reveló.

Muchas veces procuré apartarme de mis bulliciosos hermanos e intenté escapar de sus mezquinos e innobles pensamientos e inquietudes, de sus falsas y groseras emociones, de las bajas miserias y tristezas que ellos mismos se han forjado, de su cruel odio e infantil piedad, de sus pueriles afectos y su efímera compasión, de su injusta chismería y de su arrebatada y egoísta amistad, de sus amargas reyertas y de sus estrepitosos regocijos, de su vengativa cólera y de su fofó amor, de su picotería de grandes cosas que desconocen y de sus conocimientos de futesas de que están bien enterados,



de sus profusos honores y de su descarnado desprecio, de sus groseras adulaciones y sus manifiestas injurias, de sus pasionales deseos y mezquinas aversiones, de todo lo que era humano, y el anhelo de todo lo divino, noble y grande; pero doquiera estuve, doquiera fuí, me persiguió la humanidad con sus terribles angustias y sus gimientes dolores. Muchas veces busqué apartamiento y soledad en la umbrosa y pacífica floresta; pero la encontré poblada por mis pensamientos y asediada por la desdicha. Muchas veces me estremecí ante la belleza del mundo, la suave primavera y el riguroso invierno, el tranquilo y espléndido ocaso y las celestes y luminosas estrellas, la alboreante mañana y la moribunda tarde, la tierna luna y la suave luz, el implacable sol y las innumerables sombras, la verde hierba, la aterciopelada hoja, el feroz tigre, el manso ciervo, el repugnante reptil, el

majestuoso elefante, las ingentes montañas y los tempestuosos mares.

Disfruté plenamente de cuantas bellezas puede ofrecer el mundo, pero no hallé gozo en ellas. Así anduve por los umbríos valles y escalé las abruptas montañas. Por doquiera investigué en vano y con dolor.

Muchas veces en varias vidas practiqué la yoga hasta la extenuación, por medio de torturas físicas, por la abnegación, pero no vi al entronizado Dios.

Aniquilé los deseos y las falsas emociones; viví puramente de conformidad con las sagradas leyes de varias naciones. Realicé nobles acciones que merecieron la honra y elogio de las gentes y me allegaron terrenales glorias. Nunca abatí mi sangrante cabeza frente a la tristeza ni la tentación y peregriné por las celestes mansiones de la tierra; pero nunca ni en parte alguna hallé verdadera y per-



manente consolación. Tuve visiones en los templos de Nínive, Babilonia, Egipto y en los sagrados templos de la santa India. Adoré a sus dioses y repudié la terrena dicha, renunciando a padre, madre, esposa e hijos, ofreciendo sacrificios grandes y pequeños, nobles y mezquinos, sacrificando mi cuerpo y mi propia alma para que me guiase la luz, pero en todo cuanto hice se me negó el contentamiento. Amé excelentemente, sufrí con nobleza, sonreí con gozo, transportado dancé ante muchos dioses, me embriagué de las cosas divinas y anhelé emanciparme de este doliente mundo. A muchos auxilié, aunque mayormente necesitado estaba yo de auxilio. A muchos sané, aunque más necesitado estaba yo de que me sanaran. A muchos guié, aunque en mayor necesidad estaba yo de guía, y consolé a pesar de mi mayor necesidad de consuelo. Cuando estaba profundamente triste, sonreía; cuando

gozoso, me dolía; al perder era dichoso, y al ganar, desdichado; y siempre amé a mi Dios.

Sin embargo, todavía es mi alma un indecible caos; todavía soy un miserable ciego, rodeado de tinieblas e ilusiones; todavía se me niega la pura luz y no tengo saludable consolación y se me rehusa el dulcísimo contento y no hallo en parte alguna la bendita felicidad, y estoy solo, abandonado como peregrino en el firmamento; estoy solo conmigo mismo.

Cansado de la cultural adoración; cansado de soledad y abandono; cansado de buscar y anhelar la divina felicidad; cansado de sacrificio y mortificación, de investigar la luz y la verdad, de ser noble e inegoísta, de combatir y de trepar asperezas; cansado de cuerpo y alma, me lancé vigorosa y alborotadamente al mundo material con esperanza de lograr así lo inasequible y lo insondable. Fuí joven y



fuerte, hermoso y apasionado, libre y jubiloso, festivo sin pensar para nada en el mañana, éxento de preocupaciones y cuidados. Diligente y sistemáticamente me determiné a gozar suprema y egoístamente sin atender a otra cosa que a los placeres sensuales con ráfagas de goce intelectual. Me determiné a adquirir y gustar cuantas experiencias tanto viles como nobles pudiese darme el mundo de los mortales; nada debía rehusar, porque el supremo placer era mi única aspiración. A veces nací rico para dormir en el regazo de la molicie y gozar de los arrullos de la lisonja. Mía era la juventud y no se me negó la belleza. Con ambas estuvo siempre abierto para mí el mundo y sus groseros e inapetecibles placeres. Delantero era en todo lo turbulento y bullicioso. Rodeado de licenciosos mancebos, disfrutaba los indecibles placeres de la juventud desde la mañana hasta la noche; más

aún, hasta que la gentil aurora aparecía en el sombrío oriente. A todos aventajaba en algazara y no podía hallar rival en mis excesos. A mi llamada acudieron siempre los placeres de la brillante Ninive, de la alegre Babilonia, del admirable Egipto y de la atezada India. Sobre mí llovieron sus honores, alabanzas y lisonjas. Apuré el vino del regocijo en la fuente del alborozo y la satisfacción.

Tuve muchos siervos y esclavos, pero nunca ni un solo dueño. Los deseos que brotaban como las hermosas flores de la suave primavera quedaban inmediatamente satisfechos sin que jamás tuviesen freno mis antojos y caprichos. Tan pronto como se me acudía un pensamiento de goce, cumplido quedaba en el inmediato momento de placer. Siempre tenía a mano el amor de toda índole y ningún respeto me inspiraba la pureza. Profané toda castidad y me mofé de los altos dio-



ses, desdennando la humilde fidelidad de la raza humana.

Un esclavo me escanciaba exquisito y fragante vino. Ahito de los deleites masculinos en todos los paíes civilizados y entre todas las refinadas naciones y razas, encarné en cuerpo femenino para saborear el delicioso arrobamiento de ser amada por apasionados hombres. Nunca me satisfizo la monotonía de un solo amante ni el amor de un solo pretendiente, sino que tuve muchos e innumerables adoradores bajo mi ventana. Languideciendo de amor y anhelosa de más, pasé mi vida. Experimenté los sufrimientos de la gestación, el gozo de tener un hijo, el dolor de perderlo, las penas y tristezas de la vejez, y el desdén e indiferencia de los antiguos amantes, y me complací en pasadas memorias y lloré al pensar en mis perdidos admiradores.

Cansado de ser mujer de libre y

licencioso amor, fuí sagrada esposa y obtuve la felicidad del puro amor. Placentera llevé en mi seno a los hijos y nunca se estremeció mi corazón, como en otro tiempo, de odio al sufrimiento, cuando puse en el mundo a un inocente ser. Gocé del tierno amor de los cariñosos hijos, de sus ingenuas sonrisas, de los menudos dolores y tristezas de sus puros corazones, de sus santos besos, de sus delicados abrazos y me estremecí de placer al recibirlos. Fuí amante esposa y tierna madre y me glorié en los sentimientos de amor. Una vez adquirida esta experiencia de la feminidad volví a ser el libertino de intensas y brutales emociones. La pasión desgarró mi corazón y me eché en el regazo de la molicie sin acordarme de la tristeza del dolor, olvidado de los sufrimientos de las criaturas. Viví una vida de egoísta placer, abundante en groseras experiencias, copiosa en violentos placeres y nada



me negó el mundo material de cuanto puede ofrecer al goce de los sentidos.

Pero tampoco hallé satisfacción ni contento ni bienhadada felicidad, y mi corazón estaba tan árido y desolado como el vasto desierto sin ningún ser viviente que lo embelesara y embeleciese.

Había yo saboreado la mundanal riqueza y llegué a ser un pobre, un mendigo, errante de casa en casa, rechazado y maldito en todas, mugriento, fatigado, horrible, monstruoso a mis propios ojos, de quien todos se reían y a quien todos señalaban, hambriento, sin padre ni madre ni mujer alguna que osara tocarme, miserable, estigmatizado por enfermedades conocidas y desconocidas, con ensangrentados pies y un sucio saco de harpillera sobre los hombros que me servía de traje en días de fiesta, de manta cuando soplabla la helada brisa nocturna y de tocado cuando el reful-

gente sol abrasaba sin piedad mi desastrada cabeza; y con un gastado báculo en la mano, vagué por las suntuosas e inhospitalarias calles de muchas naciones. Cuando pasaba por sus magníficas ciudades, los opulentos tenderos me recibían todos con una maldición y un alarido, a puñetazos y puntapiés. Me rechazaban los hombres y los perros salvajes.

Transitaban las gentes apartando de mí la mirada y me negaban sus manos el consuelo que podían dar. Iguales eran las aldeas y las ciudades. Sin misericordia y con el corazón endurecido pasaban por mí vera las gentes de todas las naciones. Mi dormitorio era algún desolado y solitario paraje donde ni hombres ni animales se atrevían a permanecer por repugnancia a respirar tan infecto ambiente. Siempre roía el hambre mi estómago, me abrasaba continuamente el sol, me atarazaba el cierzo, me ajaban las escar-



chas con calofríos de fiebre y dolor, tambaleándome de fatiga, consumido por la enfermedad; y así vagué por toda la tierra sin encontrar una sonrisa ni una palabra benévola ni una mirada cariñosa. Felices eran los perros porque tenían de qué comer y quien los mimase y atendiese; pero también los perros me ladraban. Ninguna casa abrió sus puertas a mis eventuales llamadas y los sacerdotes me arrojaban de sus sagrados templos. Los chiquillos se detenían sobrecogidos de horror al verme y prorrumpián en llanto. Las madres apretujaban contra sí a sus hijos en cuanto desde lejos me divisaban y corrían chillando a refugiarse en sus casas. Parecía como si por doquiera despararramase pestilencia y desdicha, y se encapotara el cielo. Secábanse los ríos al acercarme para apagar la sed en sus aguas, no me daban fruto los árboles, el suelo trepidaba a mi paso y

las estrellas desaparecían a la vista de mi infortunado ser. No caía suave lluvia sobre mi cabeza que la limpiase de impurezas. Así durante muchas generaciones vagué miserable y aborrecido por varias naciones y extraños pueblos, solo y desdichado, como solitaria nube que sobre el valle y la cumbre planea y la empujan y acosan los desencadenados vientos. Durante mucho tiempo no tuve abrigo ni comodidades físicas; fatigado de cuerpo y desolado de alma, perseguido como dañino animal, busqué la soledad, pero ¡ay! el infortunio compartió mi soledad. Como marchita hoja hollada por muchos pies, en esta cruel y horrible mansión de carne, pobre y desastrado, sin amor y sin odio, indiferente al dolor y a la tristeza, desprovisto de inteligencia, famélico y sediento, experimenté todas las intensas emociones que un tiempo inflamaron mi corazón muerto durante siglos. Sin es-



peranza y desalentado de mi existencia, ansioso del trato humano, detestado y aborrecido de los jóvenes, en medio de esta agonía e interminable aflicción, de esta tortura corporal, de esta estrechez del alma, de esta degradación y horror, llorando en perpetuo dolor, busqué la luz, el consuelo y la dicha que se me había negado cuando nadaba en la opulencia, cuando me encenagué en egoístas placeres y no me cuidaba de otra cosa que de satisfacer groseros apetitos; pero también me vi privado de luz, consuelo y dicha al querer llevar una noble y pura vida. Porque cuando adoré y permanecí en pura adoración, cuando mi vida fué una continua abnegación y mortificación, cuando aborrecí el pecado y erguida la frente busqué la verdad en el confuso porvenir, cuando tanta luz había en mi torno y sin embargo profunda y lúgubre obscuridad en mi interior, cuando amé puramente

y tuve nobles anhelos, y me estremecía al solo nombre de Dios, tampoco en aquellas vidas pasadas en la piedad e inocencia del templo, pude hallar dichoso contentamiento.



## II

MUCHAS y variadas fueron mis experiencias, pensamientos y emociones; innumerables pasiones bestiales y nobles, delicadas simpatías e intensos amores; conocí puros e inegoístas amores, muchos matices de concupiscencia y delicados y gloriosos sentimientos, mucha superior inteligencia y rastrera astucia; durante muchas épocas, durante muchos siglos, por diferentes naciones y razas y por toda clase de aptitudes pasé y adquirí el conocimiento que el mundo puede dar a quien investiga y sufre.

Sin embargo, ¿dónde está aquella luz que vieron los sabios, aquella verdad que desvanece todas las ilusiones, aquella compasión que remedia todo

sufrimiento, aquel dichoso contento que allega eterna felicidad al alma transida de tristeza, y aquella sabiduría que guía a la doliente humanidad? Doquiera estuve, por doquiera que a tientas fuí, hube de volverme vacías las manos y apesadumbrado el corazón. Como niño errante que se descarría de su amada madre, vagué muy lejos por los reinos de la desesperación y la quimera en busca de la magna realidad, y muy lejos me aparté del solitario camino en querencia de aquel insuperable anhelo y de aquella inextinguible sed; pero me abrasó la angustia y volvíme cabizbajo. No hallé satisfacción ni deleite entre la militante humanidad ni lejos de la enloquecedora multitud. Dichoso o infeliz, excelso o degradado, en el dolor o en el placer, siempre me acompañó como densa sombra, un profundo vacío que nada podía llenar, un infinito anhelo que nada era capaz de satisfacer. Cie-



go y fatigado erré preguntando a los viandantes por el bálsamo que curara mi dolorido corazón; me respondieron a lo mejor con una amable sonrisa y una bendición, pero no satisficieron mi anhelosa pregunta.

¿En dónde está aquella luz y en dónde aquella infinita felicidad?

Cansado estoy; cansado de la errabundez de innumerables siglos. Estoy fatigado; fatigado con el ajetreo de muchas centurias. Estoy exhausto por falta de fuerzas para luchar y combatir; vacilan mis pies a cada paso, y apenas puedo andar lentamente; casi ciego estoy por el largo y continuo uso de mis ojos durante interminables edades; estoy calvo, macilento y viejo. Huyeron de mí la ufanía y la juventud; me inclino al doble peso de la tristeza y de mi infinito dolor; la belleza de que un tiempo tan ruidosamente me jactaba, desertó de mí y dejóme hecho un monstruoso horror.

Trascendió mi memoria todo cuanto ocurrió y forjóse durante aquellos largos e insufribles años y mi indiferencia es completa. No tengo deseos ni la pasión me domina ni los afectos me laceran; las emociones perdieron la antigua y omnipotente influencia que en mí tenían; el muelle amor está ya muy lejos tras de mí; murió el estímulo pasional de las acciones; la ambición, que a tantos espolea, tanto si allega laureles como si acarrea deshonor, gloria o vergüenza, yace sepultada en el lejano pasado; el orgullo que yergue altivo su cabeza entre la baránda de nobles y viles acciones se desvaneció para jamás reaparecer; aniquilado está el temor que sobrecoge y hace temblar a los hombres; la horrible muerte, la pavorosa e inevitable compañera de todos, ya no puede desalentarme con su amenazadora mirada. Sin embargo, todavía siento un profundo vacío de descon-



tento y un perpetuo anhelo de lo casi inasequible.

¿Podré yo alcanzar algún día la cumbre de la montaña del bienhadado contento y gozar de la suprema felicidad? ¡Oh Potentes Seres! ¡Tened compasión del solitario caminante que ha viajado por muchos mares borrascosos, cruzado muchos países y sufrido muchas aflicciones! Solo estoy. ¡Venid en mi auxilio, vosotros, compasivos y dichosos Seres! Os veneré y adoré y muchos sacrificios ofrecí en vuestros altares y mucho he sufrido para besar vuestros sagrados pies. Consoladme, vosotros, Maestros de Sabiduría, con aquellos ojos de amor y comprensión. ¿Qué hice y qué debo hacer para alcanzar la gloria y la grandeza? ¿Hasta cuando ha de durar esta mísera condición? ¿Cuánto tiempo ha de pasar ¡oh Maestro! antes de que yo contemple Tu sagrada belleza? ¿Durante cuánto tiempo he de andar

por este largo y solitario sendero? ¿No ha de tener fin esta interminable agonía que consume hasta el amor a Ti? ¿Por qué apartaste Tu embelesadora faz y a dónde fué aquella beatífica sonrisa que mitigaba el sufrimiento en todas las cosas?

Yo serví a los Excelsos Seres y al necesitado mundo de humilde y extremada manera; ciegame amé todas las cosas, pequeñas y grandes y bebí en todas las fuentes de la terrenal sabiduría. Nunca llegué a Tus pies. La existencia de mi vida es como bella flor ajada que perdió su fragancia, hermosura y delicadeza.

Triste y desolado, como árbol muerto que ya no da fresca sombra al fatigado viajero, todo lo entregué sin retener nada y quedéme vacío y desesperanzado. Guié al ciego y al afligido, estando yo afligido y ciego. ¿Por qué al tropezar no me tendiste Tu auxiliadora mano? Cansado estoy de supli-



car; no tengo esperanza; todo me parece muerto y prevalecen las completas tinieblas. No derramo lágrimas y sin embargo lloro con infinito dolor. Ningún transeunte puede ayudarme en mi miserable estrechez, porque nadie hay sino yo en este larguísimo sendero que serpentea como caudalosa corriente sin principio ni fin. Desesperado como un loco anduve errático sin saber a dónde ir ni cuidarme de lo que sería de mí. Ya no puede el sol abrasarme. Abrasado estoy hasta los huesos. Como vasto océano sin orillas es la centelleante blancura que por todas partes me rodea y apenas puedo distinguir el Sendero que me conduce a mi últérrima felicidad. Todo lo dejé tras de mí: compañeros, amigos y mi amor. Estoy desesperadamente solo. ¡Oh Maestro de Compasión! ¡Ven a salvarme y condúceme desde estas profundas tinieblas a la pura luz, al puerto de la inmortalidad y a la pacífica

iluminación! Busco la pura iluminación que pocos Grandes Seres han alcanzado. Busco al excelso Libertador que me libere de esta rueda de nacimientos y muertes. Busco al Hermano que comparta conmigo Su divina sabiduría. Busco al Amador que me consuele. Quiero reclinar mi fatigada cabeza en el regazo de la Compasión; busco al Amigo que me guíe; quiero refugiarme en la Luz.

No responde el sendero a mi desesperado llamamiento; los cielos crueles me miran con completa indiferencia; no se oye el eco consolador ni tampoco el lúgubre gemido de los vientos. Reina profundo silencio, tan sólo quebrantado por el monótono sonido de la lenta respiración y el rastreo de fatigados pasos. No hay paz. Millares de seres invisibles se mueven en mi rededor como si se mofaran de mi solitario sufrimiento. Mi único compañero es la calma que precede



a la tormenta; tan sólo la anonadación de los siglos responde a mis súplicas; cruel y completo y desconsolador es mi aislamiento.

Ya no me habla el sendero como en los antiguos días, cuando acostumbraba a señalarme lo justo y lo injusto, a distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo esencial y lo superfluo, lo grande de lo mezquino. Ahora está silencioso como una tumba. Me ha mostrado parte del camino; pero el resto lo he de hollar por mí mismo, antes de que yo trasponga este amado sendero para alcanzar otro más potente y glorioso. No puede entrar allí ni puede ser el poste indicador como en otro tiempo, sino que me deja satisfecho con el pensamiento de su guía hacia aquel sempiterno lugar de reposo, a través de muchas épocas y tempestades.

Ante mí se extiende el sendero en suave e imperceptible cuesta sin una

curva ni nada que obstruya su apacible repecho.

Semeja el silencioso sendero una sierpe gigantesca cuya cabeza no pudiera acercarse a la cola y cuyos ojos no alcanzaran a ver el término de su cuerpo, que yaciese en cálida arena, cargada de matanza, soñolienta y satisfecha.

Parece que respira y suspira con tranquila y dichosa satisfacción; pero ahora el sol derrama sus ardientes rayos y expulsa de mi mente todo pensamiento.

Mi único anhelo es hallar una deleitosa y fresca sombra donde pudiera por un rato descansar mi fatigado cuerpo; pero una irresistible fuerza me impele e incita sin concederme tregua. Esta fuerza me empuja para que siga adelante con vacilantes pasos y no puedo resistirla.

Estoy débil y exhausto, pero obedezco a la eterna y poderosa compul-



sión. Doy un paso, me tambaleo y caigo, como veloz ave por la cruel flecha herida; lucho y quedo inconsciente. Lenta y pesadamente me despierto y contemplo los desnudos y brillantes cielos y deseo tenderme y reposar donde estoy; pero aquella potente fuerza me pone sobre mis pies como en otro tiempo para recorrer el interminable sendero.

He aquí un árbol solitario, a lejana distancia, cuya deliciosa sombra me invita al reposo. Suaves, aterciopeladas y frescas son sus hojas como si el repentino y saludable aliento de la primavera hubiese despertado las ramas muertas a gozosa vida y delicado y nuevo follaje. Su sombra es densa e intercepta los abrasadores rayos del sol. La fresca y fragante hierba y el árbol protector me sonrían gozosos y me invitan a compartir su dichosa morada. Está el árbol poblado de aves gozosas en su continua parlería,

llamándose unas a otras en juguetones tonos. Desfalleciente me arrastro para disfrutar el raro don que los bondadosos dioses me han otorgado. Al acercarme penosamente, el árbol se inclina en benévola muestra de acogimiento y me infunde algo de su fuerza vital. Me arrastro bajo su fragante y arrulladora sombra y fatigosamente contemplo su fresco espesor. Me sobrecogen la postración y el sueño; me quedo dormido, arrullado por el agradable gorjeo de las aves y el suave murmullo de las hojas. Descanso durante felices momentos de completo olvido de todo sufrimiento, de toda pena, del dolor de muchos siglos. ¡Ojalá pudiera reposar siempre en esta suave luz, consolado por el murmullo de seres vivientes y sin verme azotado por internas y externas tempestades! Glorioso fuera reposar aquí eternamente y dormir, dormir, dormir...

Estoy que ardo. El sol me mira



rencorosamente en venganza de mi momentánea felicidad. ¿En dónde está mi amado árbol y dónde aquellas felices aves con su dichoso canto? Por doquiera que miro no encuentro en parte alguna el árbol de la felicidad. Desvaneciése, desapareció y vuelvo a estar solo. ¿Fué sueño? ¿Fué la vieja ilusión en forma que me diera seguro deleite? ¿Fué piedad de algún dios benévolo o burla cruel de un dios malicioso? ¿Era la gran promesa del porvenir? ¿O sería que algún poderoso Ser quiso poner a prueba la fortaleza de mi paciencia? En pos de muchas desvanecientes realidades fuí yo, tan sólo para escuchar sus despiadadas risas al asirlas; pero aquí yo me creía libre de su antiguo y amargo dominio, de su bárbara persecución al buscar lo permanentemente real. Así, pues, ¿me han perseguido hasta este lejano y solitario paraje? Con infinita precaución había yo aprendido a

discernir lo verdadero de lo falso y cuando me figuraba haber dominado el supremo arte ¿he de empezar de nuevo desde el fondo de la difícil escala?

Cuando en pasados siglos comencé a recorrer este sendero eran firmes mis huellas; ahora vuelve la decisión a gobernar mis pasos, nace en mí un nuevo entusiasmo, como en otro tiempo, cuando ante los sufrimientos y las aflicciones ansiaba afrontar lo desconocido y anhelaba probar mi fortaleza contra el infatigable sendero. Brota de mí el placer de la lucha para conquistar la pujante e inmortal felicidad. Ya no necesita el sendero impelerme con su gran fuerza hacia adelante. Rápidamente lo recorro sin que mis pies vacilen. Ya no me rezago. Soy el Dueño del Sendero. Ya no es necesario que me incite a la acción, porque yo soy la acción; quiero y camino con toda libertad.



El Sendero se extiende milla tras milla y siglo tras siglo, más escarpado que en otro tiempo, más estrecho, más áspero, con precipitadas revueltas que dejan atrás los paisajes del pasado. Muy lejanamente debajo de mí se extiende la tierra de desolación y de inmensa tristeza, en donde la Ilusión en muchas formas y maneras rige las vastas y encontradas jurisdicciones. Pero aquí, a estas alturas, reina silencio completo; el silencio me sonríe; pero según recorro incesantemente este fragoroso camino, vuelve a morir el reciente gozo, mis fatigados pies vacilan como antaño, y suspiro por aquel amado árbol que conmigo compartió su dichosa sombra y los suaves y galanteadores cantos de las innúmeras aves. El árbol fantasma sólo me dió un fugaz momento de felicidad; y sin embargo me satisfizo aquel temporáneo gozo. Supliqué al mismo dios que había extendido sobre mí su capricho-

sa compasión, que me otorgase tan sólo un momento de reposo a la sombra, que el dichoso canto arrullase mi dolorido corazón y gozase de amable compañía. Si fué un sueño fantástico ¡dejad que una vez más a él me abra-ce y me aferre siquiera por breve rato! Aunque efímero fué el sabor de aquel momentáneo placer, agradable fué el descanso en la intensa y fresca sombra.

¿En dónde estás mi amada y gloriosa ilusión, aunque tal seas? ¿Te olvidaste del fatigado viajero que se guareció bajo tu tranquila sombra? Aunque fuiste engañoso solaz, ansío descansar una vez más en tus blandos brazos, olvidado de todo menos de mi delicioso consuelo. Entrégate a mí tan sólo por esta vez y seré tu sempiterno amor. Fatigado estoy; ven en mi ayda amado mío, con tu transitoria belleza. Arrúllame con tus falsos murmullos y alíéntame con tus mentidas lisonjas.



Cansado estoy de suplicar, la fatiga me postra y es completa mi desesperación.

Allá a lo lejos hay un grupo de árboles que rodean una alegre casa con ameno y fragante jardín. En ella estoy gozando del fresco y de las encantadoras sonrisas de hermosas doncellas. Me agrego a sus francas risas y alborozos. Sus placenteras voces me acarician y la suave música arrulla mi sueño. Aquí hay paz, sosiego y completo olvido. Soy feliz y estoy contento porque en esta mansión de placer hallé el gozo que buscara durante innumerables siglos. La realidad no puede existir sino aquí. ¿No estoy satisfecho? ¿No me rodea cuanto deseo? ¿Por qué sufrí, por qué luché? Porque aquí está el bálsamo para el dolorido corazón y el consuelo para el inconsolable.

No sé decir cuánto tiempo, si siglos o días, permanecí en esta placentera

morada ni puedo contar las dichosas horas que en ella pasé. De nuevo el insaciable anhelo se agita en las profundidades de mi corazón. De nuevo ha despertado y me atormenta. No puedo descansar en esta casa deleitosa; no he experimentado el prometido contento; no hay felicidad ni consuelo entre sus paredes. Me han engañado las ilusiones; me deleité en la mentira; me guió la luz de la falsa razón; y como en otro tiempo, adoré en el templo de la tenebrosidad. Me defraudé con lo temporáneo y perecedero; después de muchos siglos y de mucho dolor he vuelto a ser víctima de los dioses burlones. Otra vez he de seguir errante; de nuevo he de afrontar el inflexible sendero.

Otra vez estoy expuesto a los ardores del sol y vuelvo a sentirme con fuerzas para emprender la larga jornada. Surgen de mí nuevo entusiasmo y nuevas esperanzas. Renació el valor.



Me sonrío el secular sendero con nueva promesa de conducirme a la Luz. Me consideraba yo como corpulento árbol que doblegado al empuje de los vientos borrascosos, se yergue una vez aquietados y contempla con altiva y retadora frente la profundidad de los cielos, centelleando al sol. De nuevo el gozo del aislamiento vibra en todo mi ser, y la soledad, lejos de los vanos placeres y de la vacua multitud es como refrigerante brisa montañesa. Nuevamente siento vivas ansias de hallar el fin de toda tristeza, la gloriosa liberación. ¡Dichoso quien lucha!

## III

**F**RENTE a mí se extiende el largo y sinuoso sendero, y toda vida ha cesado de existir, excepto el único viandante, en aquel solitario camino.

Me estremece la excitación de una nueva y vigorosa conquista, como un general que orgulloso y altivo entra en una vencida ciudad. Anhele ganar mayores y más difíciles batallas y lamenta su falta.

La solemne quietud interrumpe mi gozo y me sobrecoje la imponente calma. Me humilla el dilatado espacio y me amenazan los despiadados cielos. Quebrantóse el orgullo de la victoria y desvanecido está su esplendor. Me domina suave y lentamente la terrible soledad. Pero no está abatido el an-



helo de llegar hasta el fin; la fuerza es invencible y la voluntad de alcanzar el éxito es indomable.

No sé durante cuántos siglos anduve caminando, porque fatigada está mi memoria; pero he viajado durante muchas temporadas. El sendero está tan cansado como el que lo huella y ambos suspiran por el fin; pero ambos anhelan, uno guiar y otro seguir.

A los lados del camino, se alzan a lejana distancia e irregulares intervalos, altos y majestuosos árboles que ondean sus brillantes copas al sol, olvidados de que un tiempo fueron como mata de hierba. En ellos se posan frecuentemente aves de todo plumaje, matiz y tamaño; sus débiles pero dichosos cantos llegan a mis oídos que durante siglos no escucharon otro son que el de fatigados pasos.

Al aproximarme a estas alegres aves no muestran temor, sino que me miran con suprema indiferencia y pro-

siguen sus cantos. Bajo la temerosa sombra, la verde hierba se mece a la suave música del viento entre las hojas. El corpulento árbol, las alegres aves y la humilde hierba me reciben bien y prometen arrullar mi sueño. Todo ello está tan cerca y es tan fragante, tan apacible para los cansados ojos, que casi vacilo en ceder, porque acude a mi memoria el recuerdo de otros árboles, de otras aves, de otras umbrías que tan falaces fueron a pesar de lo gratamente deliciosas. Mi amado sendero sonrío con esperanza y deseo de saber si decidiré nuevamente descansar a la sombra, que es fresca bajo aquel árbol y regalada con el canto de las aves y la suave música de las susurrantes hojas. ¡Ah! Dejarme reposar tan sólo un fugaz momento y después proseguiré el camino. El sol abrasa y estoy fatigado con el cuerpo dolorido por la larga jornada. La refrigerante sombra no puede dañarme.



¡Déjame ¡oh! inexorable sendero descansar siquiera un dichoso segundo! Largas noches sin sueño pasé contigo durante muchos siglos, y ¿me negarás malhumorado el sueño de un fugaz momento? ¿No puedes otorgarme este enternecedor deseo?

¿A dónde huyeron tu amor y tu infinita comprensión? Te ruego que no te apartes de mí sino que respondas a mi súplica. Reina profundo silencio. El viento ha cesado de jugar con las hojas. Las aves están inmóviles como muertas y el majestuoso árbol acaricia profundos pensamientos. Se han intensificado las sombras y es mucho mayor la calma y la frialdad; las verdes y delicadas hierbas me miran con sus chiquitos ojos inquisidores, cavilando en sus menudas mentes sobre la causa de mi inopinada vacilación y musitando unas con otras para alentarme en mi aprieto. El Sendero de tantas experiencias y de tan vasta

comprensión sonrío al ver mi titubeo sin alentarme ni complacerse. Es la suya una sonrisa de sabiduría y conocimiento que dice: "Puedes hacer lo que gustes, pero te aguarda el arrepentimiento." Mi elección está hecha. Como la niebla matutina se disipa suavemente a los primeros cálidos rayos del sol naciente, así el magnífico árbol de la concupiscencia se va desvaneciendo ante mí; las alegres aves se dispersan como ante la lejana tempestad que se avecina y la verde hierba se marchita al abrasante calor del sol. Tan sólo queda un débil vestigio del pasado. El Sendero me guía y yo humildemente le sigo.

A irregulares trechos hay a lo largo de la margen del camino, árboles que me invitan a saborear su brillantemente coloreado y delicioso fruto, y a gozar de su dulzura. Suavizarían mi apergaminada garganta y apagarían mi abrasadora sed; pero mi Sendero



es vigoroso y yo paso de largo. Más adelante hay casas magníficas, mansiones de placer y deleite, cuyas hospitalarias puertas, siempre de par en par, invitan al peregrino fatigado del viaje. Una edad y muchas vidas se interponen entre casa y casa, y el cansado caminante es la en exceso voluntaria víctima de sus hechizos. Ansioso de su encantador refugio, muchas veces vacilé ante las gradas de sus puertas, pero otras veces me extravié en ellas y avergonzado salí para canminar alegremente por el limpio y asoleado sendero. Entré en la casa de las intensas pasiones egoístas con sus groseros goces e impurezas y me deleité en todo cuanto me podían proporcionar. Con frecuencia pasé con perezosos pasos por la casa de muchas falsas sombras, la casa de la saciedad con su fugaz contento, la casa de la lisonja y la casa de la erudición donde falsos y fugitivos hechos alucinan al

ignorante; pero sólo me sedujo la casa del amor limitado, egoísta, adusto, que de todo se olvida menos de sí mismo; el amor adhesivo, que desea; el estrecho amor del padre, la madre, la hermana, el hermano y el hijo; el amor que lenta y desapiadadamente destruye los más nobles sentimientos; el amor que se contenta con fruslerías. Muchas veces crucé el umbral de la casa de la dichosa ignorancia, de la brillante casa de la vana adulación y de la lóbrega casa del negro odio y el astuto engaño.

A menudo caí en las tentaciones de la imperecedera casa de la intolerancia y de la turbulenta casa del patriotismo que alimenta maligno y belicoso odio, y de la inaccesible e intangible casa del frío y solitario orgullo. Durante muchas fatigosas temporadas residí en la casa de la amistad que desarraiga otras amistades y de envidia se consume, y en la casa del vi-



cio disimulado e inteligente. Visité la casa de mezquina sabiduría que excluye todo conocimiento excepto el de su propia insignificante creación, y la casa de la despreciable erudición que de poco entiende, pero que condena violentamente y a voz en grito todo cuanto no está al alcance de su corta comprensión. Entré en muchas casas religiosas y residí entre sus estrechas paredes, dormido en el regazo de la tenebrosa superstición, adorando a falsos dioses, sacrificando inocentes víctimas en los altares del templo y tomando parte en fútiles guerras religiosas y enconadas persecuciones. Vagando por tenebrosas casas busqué la luz, y me extravié ciego y desconsolado.

El compasivo sendero siempre me comprende cuando a sus desnudos brazos retorno cabizbajo, con el corazón roído de vergüenza, y siempre me recibe bien prometiéndome ser mi guía

y mi sempiterno, fiel y sincero amigo.

Veo a uno y otro lado del largo camino muchas tentaciones en deliciosas formas y figuras, pero no son para mí. Que seduzcan a otros, pero yo seguiré mi antiguo sendero. Mi penosa necesidad es descansar y beber en lo hondo de la hace tiempo prometida fuente, y no desear ya satisfacer mi inmemorial sed en turbios manantiales. Todavía, en cuanto alcanzan los ojos, obstruyen mi vista cosas falsas. Un tiempo fuí yo capaz de hablar tranquilamente durante muchas horas con mi solitario compañero el sendero; mas ahora está silencioso y esclavizado por el sonido. Un tiempo había profunda paz y tranquilidad; pero ahora las bárbaras lenguas de la multitud quiebran el sagrado silencio. Sin embargo, a través de estas ruidosas escenas y continua parlería mi Sendero me conduce y yo lo sigo sin vacilar.



No sé cuánto tiempo anduve por la tierra de ilusorias fantasías, pero infaliblemente, con grave deliberación me adherí a mi camino. Siempre asciende el sendero y con doloridos miembros lo subí, trepando desesperadamente, sin que jamás me extraviara hasta el punto de hundirme en el tenebroso valle. Durante muchos siglos luché resistiéndome a los fugaces placeres y aficiones, y todavía hay frente a mí brotes de tentación que en nuevas y variadas formas intentan seducirme.

Verdad es que ya nunca jamás podré ser su víctima, y sin embargo... Vosotros, oh despiadados dioses, ¿no ha de tener fin esta aguijoneante miseria ni esta cruel y falsa tierra de volubles deseos? ¿Durante cuantos siglos he de hollar este sendero de rectitud? Sin embargo, aún no vislumbro el fin. ¿O ésta es la meta de todo mi aguante? De ningún modo, ésta no

puede ser porque una vez, allá en preterita edad, vi la cumbre de la iluminación. Pero, ¿durante cuántas encarnaciones he de vagar entre la tristeza y la tribulación antes de llamar a las puertas de la bienaventuranza? Sin demanda ni pregunta ni lamentación he de hollar este sendero durante otra edad.

Estoy fatigado y enfermo del corazón. He sufrido encarnaciones de suma miseria y dolor. Vanas esperanzas y promesas me han fortalecido; imperecedero fué mi anhelo por la meta; persistente fué mi ciego tanteo en busca de la verdad e indestructible mi ardiente entusiasmo. ¿Serán en vano mi dolorosa tristeza y mis torturas? ¿No puede mi amado Sendero conducirme a la cima de la montaña como constante y fielmente me lo prometió? No obstante, a pesar del vivo dolor y las indescriptibles ansiedades me guía el camino por entre un vasto



cúmulo de sombrías ilusiones. ¿Por qué? ¡Ah! ¿qué hice y qué no hice, qué menudos menesteres de la vida descuidé, qué sacrificios he de ofrecer todavía, para que aún haya de soportar mayores angustias? ¿Qué otras más rigurosas purificaciones he de sufrir, qué más ígneos ardores he de soportar y qué aún más intensas experiencias de tortura me aguardan antes de que alcance la morada de pura iluminación y sagrado contentamiento? La madre que me llevó en su seno, no supo lo que se hacía, pues de haberlo sabido, de seguro convirtiera en veneno la leche con que tan tiernamente me alimentaba y me evitara estas interminables torturas. Feliz hubiese sido yo si feneciera a la media noche; pero ocioso es quejarme y debatirme contra lo inevitable. Inocente es mi querida madre y estérilmente clamo contra las penas de la evolución. Al fin ha de cesar este an-

dar a tientas, este manoteo en las tinieblas, porque he de encontrar la puerta del conocimiento, donde ha de estar la luz guiadora, la satisfactoria verdad, la iluminación que allega tranquila dicha. ¡Oh! ya no puedo llorar; mi cuerpo es demasiado débil para tenerse en pie, voy perdiendo, poco a poco, las fuerzas y mi entero ser se rebela contra el despiadado vacío. ¿No puede algún dios volver sus misericordiosos ojos al solitario y agotado caminante? Vosotros ¡¡oh!! Maestros de Sabiduría, tened compasión y derramad aquella infinita misericordia que puede remediar y dar luz al peregrino en completa obscuridad. ¡Oh! vosotras, frescas noches, obligad al ardiente sol a que se vaya de aquí, y vosotras, oscuras nubes, cubrid los abrasadores rayos. ¡Ah! de la mano que podría conducirme y sostenerme, de la suave voz que podría consolarme y alentarme, del abrazo y



el beso que pudieran hacerme olvidar. Abandonado estoy y con desfallecida voz imploro...

La voz de profunda quietud me responde con completo silencio, y en el vacío repercute el eco de aquella espantosa quietud. Mi amado sendero me sonríe, pero lastimosamente; y por doquiera, hasta en las bulliciosas casas de algazara reina profunda y pavorosa quietud como en noche en que se perpetra un asesinato o cuando el cementerio abre sus pesadas mandíbulas en dominado bostezo. Exhausto estoy y titubeo. Se acerca el fin de mi existencia. Con los ojos de la muerte me parece percibir la visión del puerto de perfecta paz y el lugar de descanso para el fatigado y transido viajero. Sin embargo, no sé por cuánto tiempo he de sufrir esta pena del ánimo, esta agitada insatisfacción, esta secular pesadumbre y estas miserias del sufrimiento corporal. En cuanto

mis ojos alcanzan a escudriñar, no veo más que cosas mudables y transitorias. Sin embargo, a cada paso palpita en mí la seguridad de que está cerca el fin de la larga jornada y se aproxima como buque en el mar. ¡Ojalá las divinidades que en lo alto moran, me apresuren hacia mi destino!

De pronto ha cesado el viento sin un soplo cual en gran espectación, y reina una calma como la que sobreviene por un momento después de una espléndida puesta de sol cuando el mundo entero está en profunda adoración. Hay un hondo silencio como en noche en que las lejanas estrellas se envían unas a otras sus besos; hay una inesperada tranquilidad como la del repentino cese de una tonante tempestad, y reina profunda paz como en el recinto de un sagrado templo. En mi interior se han calmado algún tanto el dolor y la tristeza seculares; y hay en el aire un débil y acariciador



murmullo según se van cerrando suavemente mis ojos. Todos los seres animados e inanimados descansan de su fatigoso afán. El mundo entero duerme pacíficamente y sueña agradables sueños. El sol cuyos ígneos rayos tan impiamente me abrasaron durante siglos, se han vuelto de pronto benignos y se goza de una frescura semejante a la de espesa floresta. La divinidad está tomando forma en mi interior.

El Sendero es ya mucho más escarpado y de más difícil ascenso. Según subo penosamente la cuesta, son más escasas las mansiones de los innumerables placeres de la carne, las moradas del deseo y los verdes árboles, y al llegar a la cumbre se han desvanecido enteramente aquellas seductoras fantasías. El Sendero asciende en línea recta, el aire es más fresco y la subida más fácil. Surge de mi interior nueva energía y sigo adelante con renovado entusiasmo. Muy allá

arriba mi sendero se convierte en un espeso bosque de robustos y añosos árboles. No me atrevo a mirar atrás ni a los lados, porque el camino es ya sumamente escarpado y estrecho. Atravieso este peligroso pasaje como en volandas, con la vista siempre fija en la lejana visión sin apenas mirar ni preocuparme de donde pongo el pie, pues me ha extasiado e infundido profunda y duradera esperanza la confusa visión frente a mí. A paso ligero sigo adelante, temeroso de que la feliz visión se desvanezca y me defraude como tantas otras veces me defraudó. No hay delante de mí ningún otro caminante; pero el sendero está liso como desgastado por millares de pasos en el transcurso de innumerables siglos. Refulge como un espejo y es resbaladizo.

Lo huello como si anduviera dormido, temeroso de despertar a las falsas realidades y transitorias cosas.



La visión aparece clara y más distinta según rápidamente me aproximo.

Por fin respondieron los benignos dioses a mis lastimeras súplicas proferidas en el desierto. Terminó mi larga y aflictiva jornada y comienza la jornada gloriosa.

Muy adelante hay otros senderos y otros portales a los que llamaré con mayor seguridad y con más gozoso y comprensivo corazón. Desde este mundo contemplo todos los senderos que se extienden por debajo de mí. Todos convergen a este punto, aunque separados por inmensas distancias. Muchos caminantes pasan por estos solitarios senderos, y sin embargo todos se ufanan de su ciega soledad e insensata separación. Porque hay muchos que le siguen y muchos que le preceden. Fueron como yo, y perdidos estuvieron en su propio estrecho sendero, evitando y desdeñando la calzada real. Ciegamente lucharon en su

ignorancia y anduvieron en su propia sombra y se aferraron desesperadamente a sus mezquinas verdades clamando desolados por la gran verdad. Mi Sendero que me ha guiado por ásperos y tormentosos países está a mi lado. Contemplo con copiosas lágrimas a los fatigados y entristecidos caminantes. El corazón se me parte, ¡oh! mi bien amado, ante el cruel espectáculo, porque no puedo descender y darles la divina agua que apagaría su ardiente sed. Han de hallar por sí mismos la eterna fuente. Pero vosotros, misericordiosos dioses, podéis al menos allanarles el sendero y mitigar el dolor y la aflicción que se acarrearón con su ignorancia y lamentable negligencia.

Venid todos los que estáis afligidos y entrad conmigo en la morada de la iluminación y en el umbráculo de la inmortalidad. Contemplemos la perpetua luz, la luz que consuela, la luz



que purifica. Gloriosamente brilla la fúlgida verdad y ya no hemos de ser ciegos ni necesitamos andar a tientas por las tinieblas abismales. Apagaremos nuestra sed al beber hondo en la borbotante fuente de sabiduría.

Soy fuerte; ya no vacilo; arde en mí la chispa divina. He contemplado en despierto sueño al Dueño de todas las cosas y resplandece en mí Su eterno gozo. He mirado en las honduras del estanque del conocimiento y contemplado muchos reflejos. Soy piedra del sagrado templo. Soy la humilde hierba que se siega y pisotea. Soy el alto y majestuoso árbol que a los cielos galantea. Soy el animal acosado, el criminal de todos aborrecido, el noble de todos honrado. Soy tristeza, dolor y placer fugaz; pasión y deleite; acerba ira e infinita compasión; el pecado y el pecador; el amante y el amor. Soy el santo, el adorante, el devoto y el adherente. Soy Dios.

## HIMNO

Ante Tu santa presencia estuve.  
Vi el esplendor de Tu faz.  
Me postro a Tus sagrados pies.  
Beso la orla de Tu vestido.  
Sentí la gloria de Tu belleza.  
He visto Tu serena mirada.

\* \* \*

Tu Sabiduría ha abierto mis cerrados ojos.

Me ha transfigurado Tu eterna paz.

He sentido Tu ternura, la ternura de la madre por el hijo, del instructor por su discípulo.



He sentido Tu compasión por todos los seres, vivientes e invivientes, animados e inanimados.

\* \* \*

Me conmovió Tu indescriptible gozo.

Tu voz abrió en mí muchas voces.

Tu toque despertó mi corazón.

Tus ojos abrieron mis ojos.

Tu gloria encendió la gloria en mí.

\* \* \*

¡Oh! Maestro de Maestros, ciertamente anhelé, suspiré por esta dichosa hora, en que estuviera en Tu santa presencia.

Al fin se me otorgo.

\* \* \*

Soy feliz.

Tranquilo estoy, tranquilo como el fondo de un profundo lago azul.

Sosegado estoy, sosegado como la nívea capa de la montanera cumbre allende las nubes tormentosas.

\* \* \*

Suspiré por esta hora, y ha llegado.

Humildemente seguiré Tus pasos a lo largo del sendero que Tus sagrados pies hollaron.

Humildemente serviré al mundo por el que Tú sufriste, te sacrificaste y penaste.

Yo llevaré la paz al mundo.

Suspiré por esta dichosa hora y ha llegado.



\* \* \*

En mi corazón está tu imagen.  
 Tu compasión me abrasa.  
 Tu sabiduría me conduce.  
 Tu paz me ilumina.  
 Tu ternura infundió en mí el poder  
 del sacrificio.  
 Tu amor dióme energía.  
 Tu gloria penetra todo mi ser.

\* \* \*

Suspiré por esta hora, y ha llegado  
 con todo el esplendor de gloriosa pri-  
 mavera.

Soy joven como el más joven.  
 Soy viejo como el más viejo.  
 Soy feliz como el apasionado aman-  
 te, porque encontré a mi amor.

Ya he visto.  
 Ya no puedo ser ciego aunque trans-  
 curran mil años.

Por doquiera he visto Tu divina  
 faz, en la piedra, en la brizna de hier-  
 ba, en el gigante pino del bosque, en  
 el reptil, en el león, en el criminal y  
 en el santo.

Anhelé este magnificante momento;  
 ha llegado y mío es.

\* \* \*

Estuve en Tu presencia.  
 Vi el esplendor de Tu faz.  
 Me postro a Tus sagrados pies.  
 Beso la orla de Tu vestidura.

FIN